

PARTE II. sesenta naves, entre grandes y pequeñas, y llevaba á bordo seiscientos caballos y cuatro mil hombres de desembarco, gente escogida, y en su mayor parte sacada de las ásperas provincias del Norte, que habian sufrido menos que las otras en las guerras de los moros¹⁴.

Armada al mando de Gonzalo de Córdoba.

Confióse el mando de toda esta armada al gran capitán Gonzalo de Córdoba, que desde su vuelta á España habia sabido sostener con gloria el alta reputación adquirida fuera de su patria por sus brillantes dotes militares. Multitud de voluntarios, entre los que se contaba la flor de los jóvenes caballeros de España, se apresuraron á alistarse bajo las banderas de este ilustre y afamado caudillo. Entre ellos merecen nombrarse en particular Diego de Mendoza, hijo del Gran Cardenal; Pedro de la Paz¹⁵; Gonzalo Pizarro, padre del célebre aventurero del Perú, y Diego de Paredes, cuyo esfuerzo personal y arriesgadas y extravagantes hazañas dieron ocasión á increíbles relaciones escritas en crónicas y romances. Con esta brillante armada el Gran Capitán se hizo á la vela del puerto de Málaga, en el mes de Mayo del año 1500, proponiéndose tocar en Sicilia antes de dirigirse contra los turcos¹⁶.

Partición de Nápoles.

En tanto las negociaciones entre Francia y España por lo de Nápoles llegaron á su término en virtud de un tratado, en que se estipuló la repartición de aquel reino, con igualdad entre las dos potencias; y que fué ratificado en Granada á 11 de Noviembre de 1500. En este extraño documento, después de ponderarse las inmensas calamidades que trae al mundo la guerra, y la obligación que tienen todos los cristianos de cultivar inviolablemente la paz y concordia

¹⁴ Bembo, Historia Viniziana, tomo III, lib. 5, p. 324.—Ulloa, Vita et fatti de l'invittissimo Imperatore Carlo V (Venetia, 1606), fol. 2.—Mariana, Hist. de España, lib. 27, cap. 7.—Giovio, Vita Illust. Virorum, t. I, p. 226.—Zurita; Historia del rey Hernando, t. I, lib. 4, cap. 11.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 10, sec. 13.

¹⁵ Este caballero, que fué uno de los mas valientes capitanes de aquel ejército, era tan pequeño de estatura que es-

tando á caballo casi no se le veía en medio de la silla de arzones altos que entonces se usaba en la guerra; lo cual, según Brantome, movió á decir á un burlon, á quien se preguntó si habia visto pasar á D. Pedro de la Paz, "que habia visto el caballo y la silla, pero no al jinete." Œuvres, t. I, disc. 9.

¹⁶ Ferreras, Hist. d'Espagne, tomo VIII, p. 217.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 161.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 19, cap. 9.

que les legó el Salvador, se pasa á determinar que ningún otro príncipe mas que los reyes de Francia y Aragon puede pretender derecho al trono de Nápoles; y por cuanto al rey D. Fadrique, su actual ocupante, no ha reparado en poner en peligro á toda la cristiandad, atrayendo sobre ella á los turcos, sus mas encarnizados enemigos, las partes contratantes, con el objeto de librarla de tan inminente riesgo y de mantener inviolablemente los vínculos de la paz, convienen en tomar posesión de su reino y dividirlo entre las dos en porciones iguales. En su consecuencia se declara que la parte septentrional, que comprende la Tierra de Labor y el Abruzo, queda adjudicada al rey de Francia con el título de rey de Nápoles y de Jerusalem; y la parte meridional, que se compone de la Apulia y la Calabria, á los reyes de España, con título de duques de estos países. La *dógena*, ó los rendimientos del importante tributo impuesto sobre los ganados de la Capitanata, se pactó que se percibiría por los oficiales del gobierno de España, y se partiría con igualdad entre España y Francia. Finalmente, se estipuló que cualquiera desigualdad que se advirtiese en los respectivos territorios, debía corregirse de manera que los productos pertenecientes á las dos partes, fueran exactamente iguales. Este tratado se habia de tener en el mayor secreto hasta que estuvieran del todo concluidos los preparativos para la ocupación simultánea del territorio repartido por las dos potencias¹⁷.

Tales fueron los términos de aquel célebre convenio, por el cual dos potentados europeos se repartieron tranquilamente todos los dominios de un tercero, que no habia dado ningún motivo de queja, y con quien ambos estaban por entonces en perfecta paz y amistad. No han dejado de verse en tiempos posteriores otros ejemplos semejantes de este latrocinio político, para llamarle con el feo nombre que merece; pero no ha habido ninguno fundado en prestos mas frívolos, ni encubierto con un velo de hipocresía mas detestable. La principal odiosidad de semejante hecho recayó sobre Fernando, por ser deudo del desgraciado rey de Nápoles. Sin embargo, pueden hacerse sobre su conducta algunas consideraciones atenuantes, que no tienen lugar respecto de la de Luis.

El reino de Aragon habia mirado siempre como ilegal, nulo é in-

¹⁷ Véase el tratado original en Dumont, Corps Diplomatique, t. III, páginas 445, 446.

PÁRTE II. subsistente el que su rey D. Alfonso V, tío de Fernando, hubiera dispuesto de Nápoles en favor de su hijo natural; porque habiéndose ganado aquel reino con las armas aragonesas, pertenecía por legítima herencia á los reyes de Aragon sus sucesores. Si D. Juan II de Aragon no le reclamó con las armas á la muerte de su hermano, fué porque se lo impidieron las turbulencias interiores de su reino; y si su hijo D. Fernando el Católico habia tolerado hasta entonces la usurpacion de la rama bastarda, habia sido por causas de la misma especie. Pero ya desde que subió al trono D. Fadrique habia hecho el rey Católico algunas demostraciones de su intento de reclamar la corona de Nápoles, aunque por las noticias que recibió de aquel reino creyera conveniente diferirlo para ocasion mas oportuna¹⁸; lo cual habia sido dilatar su propósito, mas no abandonarle. Entretanto habia evitado con todo esmero el entrar en compromisos que enlazando sus intereses con los de D. Fadrique pudieran obligarle á seguir una política diferente; y con esta mira sin duda habia rechazado el enlace del duque de Calabria, presunto heredero de la corona de Nápoles, con su tercera hija la infanta D.^a María, que fué solicitado con mucho empeño por D. Fadrique. Y en efecto, lejos de ocultarse tal actitud de Fernando á la corte de Nápoles, ésta la comprendia perfectamente, como confiesan sus propios historiadores¹⁹.

Se creará que la pacífica sucesion de cuatro príncipes de aquella línea, que ocuparon el trono de Nápoles, recibiendo todos ellos el reconocimiento solemne del pueblo, podia haber borrado cualesquiera defectos que hubiera en su título primero por mas grandes que fuesen; pero se debe tener presente, en disculpa de las pretensiones de los franceses y de los españoles, que por aquellos tiempos no estaban todavía bien fijas las reglas de la sucesion de aquella monarquía; que los napolitanos prestaban muy fácilmente los juramentos de fidelidad para que pudieran éstos tener la misma importancia que en otras naciones; y que el derecho de prescripcion, que nace de una posesion por tiempo necesariamente indeterminado, se debilitaba mucho en este caso por el número relativamente corto de años, que no pasaban

18 Véase el cap. 3, parte II, de esta Historia. 29, cap. 3.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. I, lib. 3, cap. 32.

19 Giannone, Istorica di Napoli, lib.

de cuarenta, durante los cuales habia ocupado aquel trono la rama bastarda de Aragon: periodo mucho mas breve que el que tenia á su favor en Inglaterra la casa de Lancaster cuando la de York le disputó con buen éxito su derecho algunos años antes del suceso de que hablamos. Debe añadirse que la opinion de Fernando estaba en completo acuerdo con la de toda la nacion española, porque no se encuentra ningun escritor contemporáneo de cuantos he visto que manifieste la mas pequeña duda sobre su derecho á la corona de Nápoles, sino que por el contrario hay muchos que le sostienen con un fervor de que no habia necesidad²⁰. Con todo, es agradable poder decir que los extranjeros, que veian aquel tratado con ojos mas imparciales, le condenaban como gran mancilla para los dos monarcas. Y á la verdad, en los mismos interesados parece que se advierte cierto recelo de que así fuera, por el cuidado que tuvieron de desarmar la crítica de la opinion pública, encubriendo sus designios bajo un pretendido celo por el bien de la religion.

Antes de que se hubieran concluido las conferencias relativas al tratado, la armada española, á las órdenes de Gonzalo, habiéndose detenido por poco tiempo en Sicilia, en donde recibió un refuerzo de dos mil hombres, que habian servido como mercenarios en Italia, continuó su rumbo para la Morea. La escuadra turca, que se hallaba delante de Nápoles de Romanía, sin esperar á la de Gonzalo, levantó el sitio, y se retiró precipitadamente á Constantinopla. Entonces el general español, juntando sus fuerzas con las venecianas, que se hallaban situadas en Corfú, pasó sin demora á atacar la plaza de San Jorge de Cefalonia, que los turcos habian tomado á la república hacia poco tiempo²¹.

20 Véase en particular al doctor Salazar de Mendoza, que agota el asunto, y tambien la paciencia del lector, examinando los muchos y varios fundamentos del incontrovertible derecho de la casa de Aragon á la corona de Nápoles. Monarquía, tomo I, libro 3, capítulo 12-15.

21 Giovio, Vitæ Illust. Virorum, t. I, p. 226.—Crónica del Gran Capitan, cap.

9.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. I, lib. 4, cap. 19.

Gonzalo se vió detenido inesperadamente en Mesina, adonde habia llegado el 19 de Julio, por varios obstáculos que se refieren en su correspondencia con los reyes. Era uno de los mas principales la dificultad de obtener subsidios para las tropas. La gente de la isla no se manifestaba afectá á aquella causa. Los

PARTE II.

Aquella ciudad estaba situada en la cima de una roca y en posicion inespugnable; y la guarnecian cuatrocientos turcos, todos veteranos y dispuestos á morir en su defensa. No podemos detenernos á referir los pormenores de este sitio, en que por una y otra parte se desplegó un valor y maestría sin igual, y que se continuó por casi dos meses en medio de todas las privaciones del hambre y de las penalidades de un invierno crudo y tempestuoso ²².

Asalto de la plaza de San Jorje.

Al fin, cansados de tanta tardanza Gonzalo y el almirante veneciano, Pésaro, resolvieron dar un asalto simultáneo por distintos puntos de la plaza. Ya las murallas estaban quebrantadas por las minas de Pedro Navarro, que en las guerras de Italia adquirió tan terrible celebridad en este ramo hasta entonces poco conocido. La artillería veneciana, mas gruesa y mejor manejada que la española, habia abierto tambien una brecha practicable en las fortificaciones, que los sitiados reparaban con las defensas momentáneas que podian. Dada la señal á la hora prefijada, los dos ejércitos emprendieron un terrible asalto por diferentes puntos de la ciudad, protegidos por un fuego horroroso de la artillería. Los turcos resistieron el ataque con valerosa resolucion, cerrando la brecha con los cuerpos de sus compañeros muertos y moribundos, y arrojando sobre sus enemigos una lluvia de balas, saetas, aceite y pez hirviendo, y proyectiles de toda especie. Pero venció la obstinada firmeza y la superioridad numérica de sus contrarios, de los cuales unos forzaron la brecha, otros escalonaron los muros. Siguióse entonces un breve y mortífero combate dentro de la plaza: las cuatro quintas partes de su valerosa guarnicion perecieron con su caudillo; el resto fué arrollado, y las victoriosas banderas de Santiago y San Marcos se enarbolaron reunidas sobre las torres ²³.

1501.
Enero.

La conquista de aquella plaza, aunque ejecutada con gran pérdida

obstáculos se multiplicaron en términos, que parecia que el diablo mismo andaba en ello, *parecen* (decia) *obstáculos del diablo*. Entre otros indicaba la tibieza del virey. Parte de estas cartas está en cifra, segun costumbre. Cartas á los Reyes Católicos, fechas en Mesina, á 15 y 21 de Setiembre de 1501; MS.

²² Giovio, Vita Illust. Virorum, ubi supra.—Crónica del Gran Capitan, capítulo 14.

²³ Giovio, Vita Illust. Virorum, ubi supra.—Crónica del Gran Capitan, cap. 10.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 4, cap. 25.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 167.

CAP. X.

y despues de una brillantísima defensa del puñado de hombres que la guarnecian, fué muy útil á los venecianos, porque era el primer golpe que se daba á las armas de Bayaceto, que habia quitado á la república una plaza tras otra, y que tenia amenazadas á todas sus colonias de Levante. La prontitud y eficacia del socorro enviado por el rey Fernando á los venecianos dió á éste gran reputacion en toda Europa, y precisamente de la especie que él mas codiciaba, la de ser considerado como celoso defensor de la fe, al propio tiempo que le puso en favorable contraposicion con la fria indiferencia de los otros príncipes de la cristiandad.

La toma de San Jorje restituyó á Venecia la posesion de Cefalonia, y el Gran Capitan, cumplido este importante objeto, volvió á Sicilia á principios del siguiente año de 1501. A poco de haber llegado recibió una embajada que le enviaba el senado de Venecia para manifestarle su agradecimiento por los servicios que le habia hecho, el cual le demostró haciendo escribir su nombre en el libro de oro de los nobles venecianos, y enviándole un presente de plata labrada y preciosas telas de sedas y velludo, y de un tren de magníficos caballos turcos. Gonzalo aceptó cortesmente los honores que se le dispensaban, pero distribuyó todos los ricos presentes, á escepcion de algunas piezas de plata labrada, entre sus amigos y soldados ²⁴.

Honores tributados á Gonzalo.

Mientras esto ocurría, Luis XII habia concluido los preparativos para la invasion de Nápoles, y reunido un ejército de mil lanzas y de diez mil infantes suizos y gascones, éste cruzó los Alpes y dirigió su marcha hácia la parte meridional. Al propio tiempo partió de Génova para la capital de Nápoles una poderosa armada que llevaba á bordo otros seis mil quinientos hombres, á las órdenes de Felipe de Ravenstein. El mando de las fuerzas de tierra iba confiado al señor de Aubigny, aquel valiente y experimentado caudillo que tantas veces habia medido sus armas con Gonzalo en las campañas de Calabria ²⁵.

1501.
1.º de Junio.

²⁴ Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 167.—Quintana, Españoles célebres, t. 1, p. 246.—Giovio, Vita Illust. Virorum, p. 228.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 4.

XII (Paris, 1622), parte 1, chap. 44, 45, 48.—Guicciardini, Istoria, t. 1, p. 265.—Saint Gelais, Histoire de Louys XII (Paris, 1622), p. 163.—Buonaccorsi, Diario, p. 46.

²⁵ Jean d'Auton, Histoire de Louys

PARTE II.

El Papa con-
firma la parti-
cion.

En cuanto Aubigny hubo pasado las fronteras de los estados pontificios, los embajadores de Francia y España anunciaron á Alejandro VI y al colegio de cardenales la existencia del tratado para la particion de Nápoles entre los reyes sus señores, pidiendo á su Santidad que la confirmara y les concediera la investidura de sus respectivas partes. A esta razonable peticion, su Santidad, que sabia bien el papel que habia de representar, accedió sin dificultad, declarando que á ello se movia únicamente por la consideracion de las piadosas intenciones de las partes contratantes, y por la indigna conducta del rey D. Fadrique, que habiendo hecho traicion á la causa comun de la cristiandad habia perdido todos sus derechos, si algunos tenia, á la corona de Nápoles²⁶.

Admiracion
de Italia.

Desde el momento en que el ejército frances penetró en la Lombardia, toda Italia habia vuelto los ojos á Gonzalo y á su armada, que se hallaba en Sicilia, esperando con ansia cuál seria su conducta. Los ruidosos preparativos del rey frances habian dado á conocer sus designios en toda Europa. Los del rey de España estaban por el contrario envueltos en el mayor misterio. Casi todos creian que Fernando acudiria á defender á su pariente de la invasion que le amenazaba, y que podia poner en peligro sus propios estados de Sicilia; y esperaban que Gonzalo no tardaria en juntarse con el rey D. Fadrique, á fin de batir con sus fuerzas reunidas al enemigo, antes que hubiera podido establecerse en algun punto del reino. Grande fué de consiguiente su sorpresa, cuando quitada la venda que cubria sus ojos, vieron que las operaciones de los españoles estaban en perfecta armonía con las de los franceses, é iban unas y otras encaminadas á anonadar á su víctima comun. Casi no podian creer, dice Guicciardini, que Luis XII hubiera sido tan poco prudente que rechazara el vasallaje y la soberanía efectiva de Nápoles que se le ofreció, para partirla con un rival tan sagaz y peligroso como Fernando²⁷.

El desgraciado D. Fadrique, que algun tiempo antes habia tenido avisos de las disposiciones poco favorables del gobierno de España²⁸, vió que no le quedaba recurso alguno para librarse de la terrible tor-

²⁶ Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 4, cap. 43.—Lanuza, Historias, t. 1, lib. 1, cap. 14.

²⁷ Guicciardini, Istoria, t. 1, lib. 5, p. 266.—Ulloa, Vita di Carlo V, folio 8.

²⁸ En el mes de Abril recibió el rey

CAP. X.

menta que rugia contra él desde el otro lado de su reino. Reunió con todo las tropas que pudo para combatir al enemigo que primero se presentara, antes que penetrase en sus estados. A 28 de Junio el ejército frances continuó su marcha. Antes de salir de Roma originóse una pendencia entre algunos soldados franceses y ciertos españoles residentes en aquella capital, defendiendo los unos y los otros el mejor derecho de su rey á la corona de Nápoles. De las palabras pasaron luego á las obras, y muchos perdieron la vida antes que se pudiera apaciguarlos: triste presagio para la duracion de una concordia formada bajo tan malos auspicios entre los dos gobiernos²⁹.

A 8 de Julio los franceses atravesaron las fronteras del reino de Nápoles. D. Fadrique que se habia situado en San German, se encontró con tan pocas fuerzas, que á la aproximacion de los contrarios tuvo que retirarse á la capital. Los invasores seguian adelantado y ocupando todas las plazas con poca resistencia, hasta que llegaron al frente de Capua, donde fueron detenidos algun tiempo. Mientras estaban en habla para la rendicion de la plaza, penetraron en ella, y dando rienda á sus diabólicas pasiones, asesinaron en las calles á siete mil habitantes, y cometieron ultrajes, mayores que la misma muerte, en sus mujeres é hijas indefensas. Entonces fué cuando el hijo de Alejandro VI, el infame César Borgia, eligió cuarenta de las mas hermosas y principales doncellas de la ciudad, y las envió á Roma para aumentar el número de su serrallo. La espantosa suerte de Capua, llenó de terror á otras ciudades, que ya no se atrevieron á hacer la menor resistencia; pero hizo tan detestado el nombre de los franceses en todo el país, que les causó no poco daño en sus contiendas posteriores con los españoles³⁰.

Triunfos y
crueldades de
los franceses.

de Nápoles cartas de sus enviados cerca de la corte de España en que por orden del Rey Católico le manifestaban que no debia esperar ningun auxilio de éste en el caso de ser invadido su reino por los franceses. D. Fadrique se quejó amargamente de que se le comunicara tan tarde esta resolucion, porque le habia privado de cualquier acomodo que en otro caso hubiera podido contratar

con el rey Luis. Lanuza, Historias, lib. 1, cap. 14.—Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 4, cap. 37.

²⁹ D'Auton, Historia de Louys XII, parte 1, chap. 48.

³⁰ Summonte, Historia di Napoli, t. m, lib. 6, cap. 4.—D'Auton, Historia de Louys XII, parte 1, chapitre 51, 54.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 8.—Guicciardini, Istoria, lib. 5, pp. 268, 269.—